

Rentería, principios de los 70

Como cada principio de primavera, salgo a respirar al balcón y fijo la vista en un punto no muy lejano, en otro lugar desde el que tiempo atrás oteaba el mismo horizonte que hoy, pero desde mis ojos de niña que entonces era lo que recuerdo es... ¡tan diferente!.

Mi mente se abandona y comienzo a soñar con aquellas montañas limpias en las que el aire traía el tañir lejano de las campanas de un convento y el estruendo de la lluvia de troncos de La Papelera. Aquéllos eran despertares para recordar, ansiando el mediodía en que salía del colegio con el ramillete de acederillas entre las manos, mirando los tilos frondosos y los dondiegos trepar por las columnas, y las tardes de radio en casa, porque en aquel entonces casi nadie tenía televisión, y los bocadillos de mortadela, de nocilla o de chorizo de Pamplona, que tampoco había mucho donde elegir, no como ahora que se nos ahogan los niños entre tanta golosina y tanta cosa.

Entonces había que jugar en el recreo a saltar a la cuerda o, como mucho, te llevabas a casa la muñeca que hablaba con pilas o la que andaba como un autómeta, preciosa pero que parecía Frankenstein, a pesar de su aspecto angelical. De "Gameboy", nada de nada. Hoy ni siquiera la vieja palmera subsiste como testigo de la existencia del vetusto edificio de "Las monjas", ni del aserradero ni de las huertas, con aquel huequecillo de hierba en el que las señoras hacían punto al sol mientras jugábamos los niños y las niñas.

Más tarde, al anochecer, los jóvenes se perdían corriendo por el estrecho camino de gravilla que llevaba hasta Gabierrota, iluminados por las luces rancias que pendían de los postes de madera.

Fueron primaveras bastante más lluviosas y muchos eran los domingos en los que el paseo por la Alameda, cuando todavía eran dos claramente diferenciadas, se hacía bajo el paraguas. Luego la parada en alguna puerta verde a comprar churros y patatas, y a adquirir "La codorniz" y alquilar novelas de Marcial Lafuente Estefanía en aquel kiosco de vidrios gruesos mientras aparcaba el trolebús, ya a punto de perder sus perchas.

Luego venía el asalto, con algunas monedas en la mano, al carrito itinerante de las golosinas, algún chicle por aquí, una gominola por allá, un regaliz de palo o un paquete de maíces no aptos precisamente para todos los dientes.



Mientras, los cofrades del chiquiteo se perdían a la vuelta de cada esquina en una procesión casi mística, fieles al blanco y al tinto, y perennes en su costumbre, como cada día, entre los aromas a chipi frito y a banderilla de merluza.

Y por la tarde, unos a bailar a la Alameda con la orquesta y otros al mus, y domingo sí, domingo no, a ver al Touring, acompañados del extraño soniquete de un altavoz que decía algo del "Agua tónica Chotis", con deje desafinado.

Tiempos lejanos en los que faltaba tiempo para que nuestro entrañable Paco se hiciera cargo de los destinos de este club que el presente año nos cumple 75, aniversario del que me congratulo y espero asistir al centenario.

Bueno, llaman al timbre y tengo que volver a la realidad y al presente. Le miro a mi hijo y pienso si dentro de 30 años asomará él a estas páginas para contar a través de ellas lo que hoy ve y si Rentería entonces habrá cambiado otra vez tanto.